

## EL ESTANCAMIENTO ESTABILIZADOR

David Ibarra  
18 de noviembre de 2003

La economía vuelve a quedar inmersa en otro bache recesivo que ya se prolonga tres años corridos. El crecimiento de la actividad económica a lo largo de todo el trienio 2001-2003 se estima apenas en 2%, con empobrecimiento obligado en el ingreso y el consumo per cápita de los mexicanos.

Son muchos los argumentos que intentan racionalizar tales hechos: la caída en las exportaciones no petroleras y de los flujos de inversión extranjera directa, asociados, se dice, al receso norteamericano; los desacuerdos políticos en torno a las llamadas reformas estructurales, tengan o no --y algunas no la tienen-- relación real, inmediata, con el crecimiento nacional; la inexperiencia del gobierno de la transición. Sea como sea, el bache sería todavía más hondo de no darse hechos favorables, como el alza de los precios del petróleo y la baja de las tasas internacionales de interés de la deuda externa, para no contar el ascenso de las remesas de nuestros sufridos braceros en el exterior (ya suman más de 10 mil millones de dólares anuales).

Lo que suele estar ausente, es la crítica de las políticas económicas en boga, que lejos de estar enderezadas al desarrollo y al empleo, se limitan a resguardar celosamente los llamados equilibrios macroeconómicos. René Villarreal sostiene que en vez del desarrollo estabilizador, propiciamos un largo período el estancamiento, eso sí, estabilizador. En los hechos, importa más abatir la inflación que corregir la desnutrición del 30% de la población infantil, aunque se dé pie a un círculo vicioso en que los grupos dañados quedan excluidos de por vida de toda posibilidad de ascenso social. Los desajustes del mercado de trabajo

parecen ser ajenos a las preocupaciones centrales del manejo económico, como lo demuestra el ascenso alarmante del empleo informal y que la participación de la mano de obra con menos de 35 horas de trabajo por semana ya ascienda al 18% de la población económicamente activa. Asimismo, la balanza de pagos se equilibra a medias deprimiendo la demanda de bienes importados, más que fomentando deliberadamente las exportaciones. El enorme superávit del intercambio con los Estados Unidos, se disipa por los múltiples y mal negociados tratados de libre comercio con otros países o por la falta de competitividad real o artificial de nuestros productores. Los diez años de ventaja con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte o las tres décadas y media de experiencia maquiladora, han sido insuficientes --dada nuestra pasividad-- para crear un sector exportador sólido y dinámico. Así se ha perdido la carrera competitiva con el sudeste asiático, y se perderá con otros países de la región --ya con Brasil el déficit comercial asciende a 2 mil millones de dólares-- al suscribirse el convenio de la Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA) con los Estados Unidos.

A pesar de la cercanía al mercado norteamericano y el Tratado de Libre Comercio, México pierde el paso en hacer de las exportaciones el motor de la economía y en ganar mercados internacionales. En cuanto a lo primero, la especialización en operaciones simples de ensamblaje con limitadísimo contenido nacional, constriñe el impacto de las exportaciones en el resto del sector productivo y en la generación de empleos indirectos. En lo que toca a lo segundo, nuestra competitividad va en retroceso, ya el comercio de China nos desplaza como proveedores del mercado norteamericano, tanto en la fabricación de bienes de alta densidad tecnológica, como en los de mano de obra intensiva.

De su lado, los déficit fiscales se combaten, no acrecentando las recaudaciones, sino comprimiendo el gasto público o vendiendo activos estatales. Se avanza en reducir la inflación no por la vía del acrecentamiento real de la productividad o de la modernización de las empresas, sino sobrevaluando las más de las veces el tipo de cambio o permitiendo las altas tasas activas de interés que desvían la demanda hacia bienes importados artificialmente abaratados.

El crédito otorgado por la banca a empresas y particulares no se ha recuperado a pesar de los cuantiosos apoyos salvadores del Fobaproa-Ipab y de cambios legislativos que acrecentaron el poder de negociación a los acreedores sobre los deudores. Entre 1998 y 2002 los saldos de los préstamos otorgados han caído en 30% en términos nominales. El financiamiento agropecuario se redujo 45%, el de las manufacturas 15%, mientras crecieron los préstamos altamente remunerativos al consumo 136% (tarjetas de crédito y bienes de consumo duradero) y se mantienen altos los otorgados al gobierno. La banca extranjerizada se ha desligado del desarrollo productivo nacional, pretextando la debilidad de la demanda de crédito de las empresas, mientras sus utilidades se inscriben en rápida espiral ascendente.

Conforme a cifras y proyecciones del período 1985-2003 de las Naciones Unidas o del Fondo Monetario Internacional, los países en desarrollo de Asia expandieron su comercio exportador de bienes a tasas que duplican las de América Latina (11.8% y 6.1% anual, respectivamente); mientras las importaciones de los primeros crecieron a menor ritmo que sus ventas externas (10.5%), las de nuestro hemisferio lo hicieron a uno mayor (8.1%). Por eso, en Asia se acumulan reservas y, en Latinoamérica, deudas. China ahorra cerca del

40% del producto, como sostén de un intensísimo proceso de inversiones. En cambio, el ahorro nacional mexicano es menor a la mitad (18%).

La heterodoxia en el manejo económico de los países de Asia, sin tanto trasiego ideológico entre Estado y mercado, con estrategias de crecimiento --no sólo de estabilidad de precios--, está brindándoles resultados envidiables comparados con los de la ortodoxia latinoamericana. Por eso, el ascenso del ingreso por habitante de China (8.2% anual) o la India (3.2%) en el período 1972-2001, hacen palidecer los alcanzados en México (0.9%) o Brasil (0.8%). Y, por eso también, China es capaz de atraer 40 o 50 miles de millones anuales de dólares de inversión extranjera --cuatro o cinco veces, las cifras de México-- sin malbaratar sus mejores empresas y sin perder el control de sus políticas industriales, de comercio exterior y de bienestar social. Una vez más, se prueba que el principal elemento de atracción a la inversión y la tecnología foráneas es el tamaño y el dinamismo del mercado interno, no el arbitraje tributario, ni la docilidad acrítica a los paradigmas de los centros.

México, en cambio, se encuentra inmerso en una trampa de lento crecimiento que divide a la sociedad y empobrece el bienestar asequible al debilitar la inversión en capital humano y físico y permitir la explosión ademocrática de la marginación social. Quiérase o no, ha llegado el momento de dar un golpe de timón a las estrategias yendo bastante más lejos de las llamadas reformas estructurales que sólo aportarían remedios insuficientes y quizás multiplicarían los ingredientes sociales polarizadores. Hay que recuperar la capacidad de elegir el futuro, de impedir que paradigmas foráneos nos dominen al punto de dejarnos indefensos. La retórica del mercado y del nuevo orden mundial, nos aturde y frecuentemente nos llevan a desviar el camino, a negar la imaginación, las soluciones y hasta los intereses propios.